

## ¿Razón y fe?

---

En la reflexión sobre la experiencia teológica (religiosa) ha sido, y es, muy frecuente ver conflictos de diverso grado entre la razón y la fe. En algunas ocasiones, se ha defendido la radical diferencia y especificidad de ambas, hasta el punto de excluir puentes de comunicación entre los ámbitos de una y los de la otra. El actual Papa es un asiduo y firme defensor de la diferencia de la fe y la razón y de sus respectivos cometidos. Una segunda vía es la defendida por Tomás de Aquino, para el cual es cierto que se da una diferencia entre la razón y la fe, pero es posible –y fructífera– la colaboración entre ambas<sup>1</sup>. Su teología es un ejercicio de razón y de fe al mismo tiempo. Esta postura del Aquinatense ha penetrado en gran parte del pensamiento cristiano y se mantiene hasta hoy como una doctrina incuestionable.

Me propongo presentar un nuevo modo de ver la relación entre la fe y la razón basándome en las obras de Eladio Chávarri<sup>2</sup>. Este autor ha presentado una nueva concepción de la razón y desde ella no cabe una dicotomía con la fe. De ahí que ya en el título de este artículo las hayamos puesto entre interrogantes.

### 1. LA EXPERIENCIA, EL LUGAR DONDE NACE, CRECE, MENGUA Y MUERE LA RAZÓN

Para Chávarri, la vida humana se diversifica en ocho grandes parcelas o *dimensiones vitales: biopsíquica, cognitiva, económica, estética, ética, lúdica, religiosa y sociopolítica*. A través de cada una de esas dimensiones vitales, el ser humano comunica su vida con los demás seres. Pues bien, el trato que los humanos mantenemos con esos seres respecto de alguna de estas ocho dimensiones vitales, con el fin de que dichos seres nos enriquezcan o nos deterioren, lo denomina Chávarri *experiencia*. Habrá, pues, tantas clases de experiencias como dimensiones vitales; es decir, ocho: biopsíquicas, cognitivas, económicas, etc. Si esos seres con los que mantenemos un trato vital enriquecen alguna de las dimensiones vitales, los llamamos y consideramos *valores*; si nos perjudican, *contravalores*. Por tanto, todas las experiencias humanas son experiencias con valores o contravalores, es decir son experiencias valorativas, pues todos los seres siempre entran en el ser humano como enriquecedores o como devastadores de alguna de las ocho dimensiones vitales, es decir, como valores o contravalores. Por eso podemos afirmar que no hay vida humana ni desarrollo de la misma sin experiencias valorativas, sin asimilación de seres.

Para que podamos relacionarnos vitalmente con los seres –para poder tener experiencias– son necesarias algunas condiciones. Chávarri señala cuatro, que además de necesarias –sin ellas no se puede dar la experiencia–, son también suficientes –con ellas basta para que haya experiencia–. Tales son las *estructuras entitativa, de equipamiento, racional y social*. En efecto, el ser humano necesita para vivir seres que lo alimenten

---

1 Gregorio CELADA, “‘Lecciones’ de santo Tomás sobre la relación entre fe y razón”, *Ciencia Tomista* 136 (2009) 19-52

2 Eladio CHÁVARRI, *Perfiles de nueva humanidad* (1993), *Nuestro arquetipo humano. Trazos de su razón soberana* (1997), *Ensayos en torno a la racionalidad* (1990), *La condición humana en Tomás de Aquino* (1994), *La carga vital de la ciencia* (2006), todos ellos en la Editorial San Esteban, de Salamanca

(estructura entitativa), equipamiento apropiado para asimilar esos seres (estructura de equipamiento), actividades específicas de la razón (estructura racional) y adecuados tipos de sociabilidad (estructura social). ¿Por qué estas cuatro estructuras? Entre los que han tenido la audacia de definir al ser humano –dice Chávarri–, no deja de ser curioso que lo hayan concebido como animal abierto al ser (entitativa), como animal vinculado a todo tipo de equipamientos –desde la azada al símbolo–, como animal racional y como animal político (social).

La razón, por tanto, es una estructura necesaria y, junto con las otras tres, suficiente en toda experiencia. También en las experiencias teologales (religiosas) y teológicas.

## **2. ESTRUCTURA RACIONAL DE LA EXPERIENCIA**

Propiamente, la razón pertenece a la estructura del equipamiento del ser humano: es una de sus múltiples capacidades o energías. Si Chávarri la trata como una estructura específica, es por la importancia que tiene en el funcionamiento de las experiencias: es la más importante de las energías humanas, puesto que las dirige a todas las que intervienen en la experiencia. De tal modo que las energías y sus acciones reciben el calificativo de “humanas/inhumanas” cuando las dirige la razón. Es, pues, la razón la que nos distingue a los humanos de los demás seres.

### **2.1. Nuestro trato experiencial con los seres está empapado de racionalidad**

Fijémonos en la experiencia del enamoramiento, señala Chávarri. Es cierto que esta experiencia –y todas las demás– tiene fuertes componentes de inclinación espontánea, de simple reacción inmediata, de intuición, de deseo y de repulsa. Sin embargo, todos esos componentes primarios, “instintivos”, son sólo el motor de la experiencia y el principio que señala las rutas generales de la misma. Las inclinaciones, reacciones, deseos, etc. se constituirán en experiencias “humanas” sólo si la razón las racionaliza, es decir, si las *articula, estructura u ordena*. Ésta es nuestra diferencia vital respecto a plantas y animales, espíritus puros y dioses o Dioses, cuyo trato vital con los seres no puede o no necesita ser racionalizado. ¡Qué tienen que ver, por ejemplo, las experiencias gustativas, olfativas, táctiles, sexuales, imaginativas, sentimentales, etc. de los animales con esas mismas experiencias en los humanos! ¿No están en el caso de los humanos empapadas de racionalidad? Por eso no deja de ser un gran error la creencia bastante extendida de que “el corazón tiene razones que no entiende la razón”. La razón siempre acompaña a los actos del “corazón” y a los sentimientos y a la afectividad y a las emociones, y es la que pone racionalidad o irracionalidad en dichos actos.

### **2.2. El único ámbito en el que tienen lugar las manifestaciones de la razón son las experiencias humanas**

La razón racionaliza, como decimos, las experiencias humanas. Y en éstas, la razón no es algo autónomo, independiente o separado –como frecuentemente se piensa–, sino que sólo existe en las experiencias como una energía que las ordena, estructura o articula. La razón nace, crece, mengua o desaparece con las experiencias. Razón y experiencia guardan una mutua implicación. Por eso, si es imposible entender una experiencia que no

tenga su correspondiente razón, tampoco debemos entender una razón separada de su correspondiente experiencia. No hay razón aritmética, teologal, lúdica, de bailar o lavar, antes y al margen de las experiencias con números, Dioses, juegos, danzas y cosas sucias y limpias, sino que –repetimos– nace y se desarrolla con dichas experiencias.

Ello explica que sólo podemos conocer la razón por las manifestaciones que va teniendo a lo largo de la historia en las experiencias o procesos de nutrición humana. Si no hubieran existido números para alimentar al Homo, no hubiera aparecido la razón aritmética y, lógicamente, tampoco la hubiéramos conocido. Lo mismo podemos decir de la razón teologal: sólo existe en los millones de relaciones con los Dioses que han tenido los seres humanos a lo largo de la historia. Nunca, antes o al margen de dichas experiencias.

### **2.3. En cada clase de experiencia se desarrollan razones y lógicas específicas**

Acabamos de afirmar que las experiencias tienen como finalidad asimilar los entes que nos sirven de alimento. Ahora bien, cada ser marca unas pautas peculiares para ser asimilado. De ahí que la razón –que es quien dirige el proceso de asimilación de los entes– tenga que ser una energía “in-determinada”, con el fin de que pueda ser activada de mil maneras diferentes; en cada experiencia, lo es de un modo peculiar y distinto. De lo cual se deduce que no hay una única razón, un único modo de desarrollo racional, de lógica (la lógica es precisamente el desarrollo, el despliegue del *logos* o razón), sino muchos: tantos como experiencias diferentes.

De lo dicho en el párrafo anterior se deriva que surgirán enormes problemas cuando nos empeñamos en racionalizar la experiencia familiar, por ejemplo, al modo de una empresa financiera o de un cuartel militar; o cuando queremos aplicar la igualdad matemática a la igualdad que exige la justicia. Por eso, cuando se articulan y se desarrollan las experiencias humanas, no hay más remedio que someterlas a una lógica apropiada y específica para cada una. Para que no suceda lo que ocurre con frecuencia, que, cuando muchas experiencias no se racionalizan convenientemente, con la razón y con la lógica apropiadas, aparecen pensadores que sacan la falsa conclusión de que esas experiencias pueden desarrollarse al margen de la razón, que son obra del sentimiento o de otras energías humanas. Pensemos, por ejemplo, lo que sucede en la experiencia teologal (religiosa) cuando se le aplica la razón científica o la razón filosófica para entenderla. Pues que no son las razones apropiadas.

### **2.4. Conviene distinguir dos clases de estructura racional de la experiencia: la directa y la reflexiva**

#### ***2.4.1. Razón directa o fáctica de una experiencia***

La razón directa o fáctica es la que racionaliza una experiencia. La razón que está presente, por ejemplo, en el andar por la calle de una ciudad, en la creación de un poema, en la construcción de sencillas edificaciones, en el mando de grandes ejércitos, en el juego de pelota, en el amor de hermanos, en las juergas de fin de semana, en la oración; ésa es la razón directa. Cada experiencia tiene su razón directa, peculiar, diferente e intransferible a las demás.

### **2.4.2. La razón reflexiva o temática de una experiencia**

Pero la razón no sólo es capaz de dirigir una experiencia, sino también de reflexionar (hacer flexiones una y otra vez) sobre sí misma. La razón reflexiva o temática es la que toma una experiencia como tema y reflexiona sobre ella. Así, por ejemplo, si amar es una experiencia dirigida por la razón fáctica “amatoria”, reflexionar sobre el amor es propio de la razón reflexiva correspondiente. La razón reflexiva es siempre de orden conceptual o lingüístico. La teología, por ejemplo, es el ejercicio de la razón reflexiva teologal.

### **2.7. La irracionalidad ha de ser situada en cada experiencia y ha de ser relacionada con su correlativa racionalidad**

Hasta ahora sólo hemos hablado de razón, de racionalidad, de lógica. Pero no hay ninguna experiencia humana que esté libre de la irracionalidad. En el ser humano, racionalidad e irracionalidad son compañeras inseparables y, al mismo tiempo, referentes correlativos: lo racional se define por respecto a lo irracional, y viceversa. Por todo ello, hay que señalar –dice Chávarri– que no existe la irracionalidad en general, válida para todas las experiencias, sino que cada irracionalidad ha de ser referida a la respectiva racionalidad, que siempre se da en una experiencia concreta. Sólo en cada experiencia, la racionalidad y la irracionalidad son compañeras y una desaloja y es la negación de la otra. No se puede decir, por ejemplo, que mentir es sin más una irracionalidad. Lo es ciertamente en una experiencia de amistad, pero puede ser una gran racionalidad en la experiencia del juego del mus, en la que el engaño forma parte de la entraña misma de ese juego. Otro ejemplo: la contradicción es la irracionalidad máxima en las ciencias matemáticas y lógicas. Sin embargo, no lo es en otras ciencias, en las que las hipótesis con un cuantificador universal (todos) admiten perfectamente excepciones (“la excepción confirma la regla”).

### **2.8. Cuanto más compleja es la experiencia que racionalizamos, tanto más propensa es a que sea atacada por la irracionalidad**

La fabricación de un coche es bastante más propensa a caer en irracionalidades que la confección de un traje, porque la primera es una experiencia mucho más compleja. La irracionalidad que puede padecer la construcción de un triángulo equilátero no tiene comparación con la irracionalidad que puede estar presente en la guerra, en el odio, en la insolidaridad o en la esclavitud. Y ninguna de las experiencias anteriores tiene parangón en su complejidad con la experiencia teologal. Aquí las irracionalidades en las que se puede caer son sumas.

## **3. ALGUNAS CONSECUENCIAS**

### **3.1. No se puede tomar “una” razón por “la” razón**

Son múltiples las clases, formas o manifestaciones de la razón, las racionalizaciones; tantas como tipos de experiencia. Sucede con frecuencia, sin embargo, que se escoge una de esas manifestaciones de la razón y se la eleva a la categoría de “única”. Tal es lo que sucede hoy con la razón científica: se la considera como la única

racionalidad válida. Lógicamente se juzga como irracional todo lo que se desarrolle al margen de esa razón, como, por ejemplo, las operaciones artísticas, la organización familiar, los sentimientos, la relación con Dios o incluso la filosofía. Ahora bien, calificar de irracional todo lo que no se ajuste a los cánones de la racionalidad científica es poco “racional”. Pues bien, Tomás de Aquino cayó en el mismo defecto cuando afirma que la razón es diferente de la fe: él se está refiriendo únicamente a la razón filosófica, que para él era “la” razón. Lógicamente, la experiencia de relación con Dios no podía ser dirigida por esa razón filosófica. Pero sí puede –y debe– serlo por la razón teologal. Pero al no caer en la cuenta de esta razón específica, Tomás de Aquino hizo perder a la experiencia teologal o religiosa su estructura “humana” al introducir en ella una razón “suprahumana”: la fe. El resultado es un imposible humano, porque ninguna experiencia humana nace y se desarrolla al margen de la razón humana. Tampoco la experiencia religiosa, como hemos repetido.

### **3.2. La fe como receptividad**

Así pues, no es posible ni necesaria en los humanos una energía distinta y superior a la razón para dirigir sus experiencias. Los no creyentes hacen bien en no tomar en serio eso del conocimiento suprahumano que los creyentes llaman fe. Las relaciones con Dios las dirige, las articula la razón teologal, en sus manifestaciones directas y reflexivas. Y ésta es una manifestación totalmente humana de la razón. A esta razón teologal no tienen por qué oponerse los ateos y agnósticos, salvo que ellos hayan caído en el reduccionismo de considerar “una” razón como “la” razón, actitud por lo demás frecuente por esos pagos. Quienes sean beligerantes contra la experiencia teologal (religiosa), han de batirse dentro de la racionalidad y la lógica teologal, no desde fuera de ella, igual que sucede con las demás experiencias: nadie ataca a la ciencia con argumentos artísticos; tampoco al revés. Eso no significa que las razones –o manifestaciones de la razón– sean impermeables unas a otras; pero esta cuestión requeriría más espacio para desarrollarla.

¿Qué hacemos entonces con la fe teologal? Desde luego, no distinguirla de la razón teologal como un conocimiento de orden superior. No existe tal conocimiento divino superior insuflado en el ser humano. Lo que sí podemos y debemos hacer con la fe es situarla en el ámbito de la receptividad. En efecto, existe en los humanos una actitud de receptividad o de rechazo ante los valores. Una persona, un grupo o toda una cultura pueden abrir o cerrar su receptividad a valores como la ciencia formal, la oración, la solidaridad, la música clásica o la corbata. La fe teologal sería la apertura ante el valor Dios. Cada valor requiere sus propias y específicas aperturas o receptividades. Así, por ejemplo, no es la misma la receptividad o sensibilidad que se requiere para gustar un buen jamón de Salamanca que la que se exige para captar la lógica de un argumento categórico. La suavidad/tosquedad de una toalla me influye a través del sentido del tacto. Está claro que no me puede impactar del mismo modo la justicia/injusticia. Así pues, el creyente es el que es receptivo a la experiencia con Dios. La fe, por tanto, es un caso de la receptividad humana ante los valores. Nada divina, por tanto.

Con todo lo dicho anteriormente parece que queda desarmada toda la teología cristiana. En cierto modo así es. Papas, obispos y teólogos quisieron salvaguardar su experiencia teologal de los ataques “racionalistas” subiéndose del plano humano al divino, cuando lo acertado hubiera sido mantenerse en su específico plano de racionalidad: la racionalidad teologal. Ésta es diferente a la de los racionalistas, pero no inferior.

Una última cuestión: con todos los planteamientos que hemos hecho sobre la razón, ¿qué queda entonces de la gracia? ¿Es que uno puede comprender que Dios es Padre, que Jesucristo es el Hijo que resucitó de entre muertos, con la sola intervención de la razón humana teologal? Yo no tengo ninguna duda en admitir que así es. El don o gracia está en la creación. Para el que mantiene una relación con Dios, ve que todo es don. Y tan don es que la razón puede llegar a comprender el teorema de Pitágoras como el misterio de la santísima Trinidad. Eso sí: son manifestaciones de la razón distintas. Pero ambas son humanas. Y, para un creyente, ambas son regalo de Dios; no es necesaria una gracia supletoria para una de ellas.

BALDOMERO LÓPEZ CARRERA 2010